



UNA GRAVE INJUSTICIA CONTRA BENEDICTO XVI

Por Gabriel J. Zanotti

Para el Instituto Acton Argentina

Segunda quincena de febrero de 2009.

Ciertos acontecimientos que son de dominio público, sobre el levantamiento de las excomuniones a los obispos lefebristas y las declaraciones del obispo Williamson, nos obligan a realizar una pequeña reflexión en aras de la justicia.

No vamos a cubrir en este breve espacio todas las aristas de esta delicadísima cuestión; tampoco somos expertos en cuestiones canónicas ni tampoco en las relaciones del Estado del Vaticano con la comunidad judía, más allá de nuestra obvia adhesión de la declaración *Nostra aetate*, nuestro total rechazo al antisemitismo y nuestra total adhesión del Concilio Vaticano II, expresada en la misión de nuestro Instituto Acton Argentina y que nos coloca en las antípodas de del pensamiento de Monseñor Lefebvre.

Simplemente querríamos referirnos a la terrible injusticia que esto está provocando para con la persona y el pontificado de Benedicto XVI. Un pontífice que, en las épocas del Vaticano II, fue uno de los redactores del famoso esquema XIII que dio origen a la *Gaudium et spes*. Un pontífice que, como hemos reseñado en estas páginas, ha defendido hasta el cansancio la libertad religiosa y la sana laicidad del estado; que ha elogiado esa misma laicidad en la vida concreta de los EEUU, y ha explicado el alcance y la interpretación correcta del Vaticano II precisamente para defenderlo de las acusaciones que hacia él dirigen sectores autotitulados tradicionalistas. Un pontífice que ha hablado del alcance universal de la razón en Ratisbona, un pontífice que ha caminado y llorado en Auschwitz; un pontífice abierto al diálogo con importantes filosofías del s. XX, como son sus diálogos con Habermas y sus referencias a Rawls; un pontífice que, finalmente, ha destacado el sentido positivo del liberalismo político, por primera vez desde Gregorio XVI (volvemos a decir, todo esto lo hemos comentado en estas páginas), es un pontífice cuyo pensamiento está en las antípodas del movimiento lefebrista. Pero, claro, también está en las antípodas de ciertas teologías de la liberación

y de aquellos que, queriendo llevar al Vaticano II más allá de sí mismo, y no le perdonan su activa participación en la declaración *Dominus Iesus* donde la identidad cristológica de la Iglesia se pone más allá de toda duda sin que ello sea obstáculo alguno para su diálogo cultural.

Situado en medio esas internas lamentables del rostro humano de la Iglesia, y situado, al mismo tiempo, en un mundo frívolo que sólo le pide imagen, diplomacia y política, el actual pontífice soporta la enorme injusticia de aparecer precisamente él como casi indiferente al drama del Holocausto, cuando sus palabras al respecto fueron y siguen siendo inequívocas. Evidentemente hay quienes no le perdonan que su aguda teología supere los extremos o que su caridad pastoral no sea equivalente a la racionalidad instrumental de los meros poderes de este mundo. Una grave, gravísima injusticia.